

"Me propongo ayudar a los diputados y a la prensa constituyentes a fijar las bases de criterio para la marcha en la cuestión constitucional". La frase es de Alberdi y está extractada del primer capítulo de Las Bases. Alberdi, el arquitecto de la extraordinaria construcción jurídica que se erigió en Santa Fe hace 164 años, le otorgaba un carácter protagónico a la prensa en la génesis del orden republicano argentino. Un papel completamente opuesto al que le adjudicarían, más cerca en el tiempo, los más altos funcionarios nacionales de la gestión que concluyó en 2015.

Muchas cosas han cambiado desde 1853. Pero hoy nuestra Constitución, después de haber sido desconocida en largos y oscuros períodos de nuestra historia, mantiene una vigencia notable, como sabia estructura reguladora de nuestra convivencia.

Los diarios, a pesar de los innumerables certificados de defunción que se les expidieron, también siguen de pie. De allí surgen la mayoría de los contenidos periodísticos que circulan en nuestras sociedades. La mayoría y los mejores.

Sus redacciones siguen siendo los más sofisticados equipos periodísticos, capaces de llevar adelante las investigaciones más relevantes, los análisis más profundos y las producciones con mayor estética y rigor de todas las que genera el periodismo. El trabajo orquestal que producen ofrece a los ciudadanos una visión contextualizada de los hechos más significativos, un abordaje en el que se jerarquiza la información de mayor impacto para la vida de un país, de una ciudad o de un pueblo.

Los diarios ofrecen hoy uno de los pocos oasis dentro del vertiginoso ruido de la era digital. En la web nos orientan en medio del extravío y el vértigo provocado por las usinas de noticias falsas, las cadenas de rumores, los panfletos militantes y los propaladores de noticias deseadas. En el papel, fuera de la sobrestimulación permanente a la que nos someten omnipresentes dispositivos electrónicos, nos brindan invalorable minutos de concentración, en los que podemos recorrer argumentos, distinguir lo accesorio de lo relevante y generar una visión propia sobre la realidad.

La dinámica digital potencia abordajes sesgados a la realidad, enfoques segmentados, lecturas disonantes en las que registramos solamente los datos o las interpretaciones que coinciden con nuestras ideas. En nuestras sociedades se multiplican las burbujas informativas, los guetos comunicacionales. El populismo supo explotar estas tendencias de la era digital. Desdibujó los índices que permiten mensurar la eficacia de la gestión pública, alentó miradas conspirativas, fogueó la polarización, cuestionó el rol del periodismo e intentó someter a las voces críticas. Generó un clima tóxico, abonó el terreno para que germinaran el prejuicio, la distorsión y el conflicto.

El periodismo tiene virtudes descontaminantes para un contexto como el que vivimos. Propone a los ciudadanos una gimnasia saludable para recuperar un sistema institucional hoy debilitado.

Los diarios constituyen el foro necesario para regenerar una nación actualmente fragmentada. Identificar hechos, reflexionar sobre ellos, debatir desde miradas distintas para lograr consensos básicos son objetivos ineludibles para una nación que pretende preservar o recuperar los lazos que la conforman.

La prensa ofrece el espacio en el que los miembros de una sociedad debate lo que es y lo que pretende ser. El ámbito en el que reflexiona sobre lo que le pasó y lo que le pasa. Y eso la ayuda a decidir y a actuar, a ratificar o rectificar un rumbo.

Los diarios son, como suele repetirse, un primer borrador de nuestra historia. Pero son, sobre todo, el borrador periódico de nuestro proyecto.